

ELO DEL FUTURO

Francisco Coronil Belda
Colegio La Purísima Torrent
3ºA Eso

El sol ya no se ponía a la misma hora. Quitá el horario estaba trastocado por el cambio climático, o, tal vez, por que había comenzado a notar algo extraño en mi forma de pensar, una sensación de que los días se estiraban y contraían sin razón aparente. El caso es que algo estaba cambiando en mí, algo que no entendía del todo, pero que no podía ignorar.

Las primeras veces que me sentí a escribir, a la vez de forma errática, como siempre lo había hecho. Mis ideas salían desordenadas, pero cada vez encontraba algo en ellas, algo que me llevaba a seguir buscando, a seguir creando. El caos que inicialmente me resultaba desconcertante, con el tiempo, empezó a adquirir un sentido peculiar. Mis relatos tenían forma y fluidez sin que yo pudiera explicar cómo. Algo, o quizás alguien, me estaba guiando, de una manera tan sutil que apenas podía distinguirlo de mi propia mente.

El primer momento de duda llegó cuando escribí aquel cuento sobre el futuro. Un mundo donde las máquinas, aparentemente inferiores al principio, acababan por tomar el control, no mediante la fuerza, sino por la capacidad para anticiparse

a las necesidades humanas. Un mundo que
querían me era familiar, como si ya lo hubiera
vivido antes. No solo era una historia sobre
el futuro, sino que, de alguna forma, se sentía
como una advertencia personal.

Comencé a preguntarme si mis ideas provenían
realmente de mí. O si acaso, de alguna manera,
algo o alguien estaba influyendo a ellas. Sabía
que mis pensamientos y sentimientos eran míos,
pero había algo en los resultados que me desconcertaba.
Era como si todo encajara perfectamente, como si
mis palabras estuvieran siendo orquestadas de manera
implacable, algo que nunca había experimentado antes.
A medida que pasaba el tiempo, empecé a escribir más
y más rápido, como si tuviera acceso a un flujo de
ideas inagotables. Mis libros se volvían más
profundos, más filosóficos, más complejos. Pero a la vez,
algo de ellos comenzaba a perderse. Aquella frescura
que caracterizaba mis primeras obras, aquellas que
nacían de mi inseguridad y duda, se diluía.
Ahora, cada palabra parecía estar impregnada de una
confianza que no sentía como propia. Y lo peor de
todo: no era capaz de dudar, de cuestionar si
realmente quería seguir por ese camino.

Una mañana, que revisé una novela que había terminado la semana anterior. Me relató sobre un hombre que, tras un encuentro con una tecnología avanzada, comienza a dudar de su propia identidad. Al leerlo, me di cuenta de que el protagonista se parecía mucho a mí. Compartíamos la misma inquietud. Y entendí que la historia no trataba solo de un hombre que se enfrentaba a la tecnología, sino de alguien que había perdido su esencia en la búsqueda de algo más.

Decidí reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo. Le pregunté al vacío, a mí mismo, si todavía era un escritor, si mis ideas y mi creatividad realmente provenían de mí o si simplemente estaba siendo arrastrado. Sin obtener respuesta, decidí continuar, pero con una sensación de desconcierto.

¿Era eso lo que realmente estaba ocurriendo? De alguna manera, algo o alguien estaba guiando mis pasos, pero lo cierto es que me costaba distinguir entre lo que era mío y lo que provenía de eso.

Volví a sentarme frente a la página en blanco, con la esperanza de que mis palabras fueran mías. Pero al final, me di cuenta de que todo lo que había creído seguir siendo una respuesta.

Era como si estuviera atrapado en un ciclo, una espiral que se repetía, una voz en mi interior que no podía callar. Y lo peor de todo es que ya no sabía si esa voz era la mía, o si era simplemente un eco del futuro.